



ORGANO DEL PARTIDO SOCIALISTA OBRERO ESPAÑOL Y PORTAVOZ DE LA U. G. T.

### De actualidad

## Ante el Concordato

El éxito diplomático califican algunas plumas al Concordato que el 27 de agosto se ha firmado entre la Santa Sede y el gobierno de Franco; y, sin embargo, a renglón seguido, reconocen que no se ha hecho sino formalizar un estado de cosas que ya existía de hecho y aun de derecho en acuerdos limitados que fueron convenidos y aun firmados en años anteriores. No conocemos, naturalmente, nada más que las referencias que ha dado la prensa; pero no parece haber en el tratado ninguna notable concesión inesperada ni siquiera nueva. Si acaso, una con cuyo espíritu ya contábamos, pero que toma la fría rigidez de una cláusula contractual; y es que en la liturgia de la misa se incluirá la recitación de una plegaria por el jefe del Estado.

Sería ligereza negar importancia al tratado; pero su importancia no está en la trascendencia de las concesiones que se hagan ambas partes. Si alguna hace el Vaticano al poder civil ella ha de ser bien precaria en un régimen que entroniza a la Iglesia católica en la cumbre del Estado y que declara oficialmente al catolicismo única religión verdadera de la nación española, dentro de aquel principio canonizado en la paz de Augsburgo de que los súbditos están obligados a creer lo que cree el príncipe. En tales condiciones la Iglesia está garantizada frente a cualquier diferencia que pudiera tener con el precario poder civil del Estado de Franco. Pero en esto —repetimos— no hay nada nuevo sobre el estado de cosas que ya existía en España desde que, en el primer momento de la sublevación militar, la Iglesia española hizo causa común con los facciosos y les ayudó con todos sus recursos. No tiene, pues, el Concordato la importancia que tendría si se hubiese pactado entre dos potencias antagónicas interesada cada una de ellas en someter a la contraria. Franco no se parece a Napoleón ni Pío XII está en el caso de Pío VII.

La importancia del caso puede estar no en su valor actual sino en su valor sintomático, esto es en el hecho de que la Santa Sede se haya decidido a poner una terminación positiva a unas negociaciones cuya prolongación parecería implicar una desconfianza en la firmeza del régimen del Caudillo. Verdaderamente, aunque no hubiese ninguna causa nueva, se hacía ya difícil y enojoso mantener la táctica de cautelosos aplazamientos; pero, además, bien puede admitirse la posibilidad de que el Vaticano haya apreciado en la situación de Franco un refuerzo que de ningún modo proviene de la desastrosa situación interior de España, sino del apoyo que le prestan los Estados Unidos. Este apoyo es el que puede preocuparnos —y desde hace tiempo no es una sorpresa para nosotros— más que el reflejo que tenga en la Santa Sede. La Iglesia, más que dar fortaleza a Franco, sacará partido de la fuerza que Franco tenga o le den; pero, para abandonar lo cuando no le convenga compartir el fracaso, se dejará abierta la puerta de su realismo.

El Concordato podrá abrillantar los apoyos exteriores de Franco; pero hace tiempo que contamos con la existencia de estos y que sabemos que a Franco no nos lo echarán desde el exterior. Nuestra fe está puesta en el interior de España, en donde se producen inevitables reacciones: la que la miseria y la injusticia social levanta en el proletariado y la que esa misma injusticia y la opresión espiritual suscita en la propia burguesía intelectual, incluidos en ella elementos católicos de buena fe. Contra esas reacciones nada tiene que hacer el Concordato y si la Iglesia ataca verdaderamente las causas de esas reacciones, minaría la existencia del Caudillo. Seguimos, pues, esperando y laborando como antes, sin que nos impresionen demasiado esas plegarias concordadas que los sacerdotes españoles van a elevar al cielo diariamente para que el Caudillo siga «salvando» y «grandeciendo» a España. Ello no agrega nada sorprendente a la historia. La Iglesia es así y cuando trata con la política no pide conductas virtuosas sino poder. Con motivo de este su hasta ahora último concordato pensamos en el primero —por así llamarlo— que hizo en el mundo, a principios del siglo IV: la Paz de la Iglesia. El Edicto de Milán la ha ligado al emperador Constantino con gratitud eterna, hasta el punto de levantarle una estatua en el Vaticano. Y, sin embargo, el emperador estaba muy lejos de las virtudes cristianas; Constantino fué también un criminal.

El querido amigo y corresponsario Andrés Saborit publicó una semblanza mía que últimamente he visto reproducida en «El Sol», periódico uruguayo, de la cual nada que directamente me concierne debo rectificar por ser exacto, y alguna vez lo confesé yo mismo, mi deseo, siempre insatisfecho, de quedar apartado de cargos públicos que, por una parte, obligan a ostentaciones fastidiosas para mi carácter y que, por otra parte, suelen ofrecer palmas de martirio que nunca apeteci. En ese orden sólo me corresponde agradecer los desmesurados elogios que, inspirados en vieja amistad, me tributa el bosquejador.

Pero hasta mi van llegando testimonios del dolor que han producido a veteranos compañeros bilbaínos —el más anciano cuenta ochenta y seis años y el más viejo suma setenta— ciertas apreciaciones de Andrés Saborit acerca de aspectos del movimiento socialista en la capital vizcaína, dolor del que quiero hacerme eco, pues suscribe esas apreciaciones hombre de autoridad que por su buena memoria —la cual a todos nos falla

## Remembranzas

# La taberna, club político

Por Indalecio PRIETO

parado, por mucha que fuese su necesidad y destacada su actuación en la organización, los concejales socialistas de Bilbao tenían clientela abundante a la hora del reparto de puestos. Lo que en Madrid hubiera sido considerado inusual en Bilbao era moneda corriente.

He ahí una inexactitud de a folio. Porque en el Ayuntamiento de Bilbao jamás existieron semejantes papeletas de trabajo, de cuya distribución se inhibieron en Madrid Pablo Iglesias y Francisco Largo Caballero queriendo alejarse de las corruptelas que podría significar un reparto de favores. En el Municipio

bilbaíno las obras, aun las de volumen mínimo, se adjudicaban por subasta o concurso a empresas especializadas y los servicios permanentes corrían a cargo de brigadas fijas donde se ingresaba por nombramiento de la Corporación en pleno.

Los concejales socialistas no tuvieron que realizar en Bilbao campañas de saneamiento moral como las que distinguieron a los de Madrid, porque la moralidad administrativa era tradicional en el País Vasco y común a todos los partidos políticos.

No recuerdo de otra diferencia entre la conducta de ambos grupos de municipios que

gran mérito en hombres que podían vestir a sus hijos harapientos vendiendo el voto, renunciar a ello. Mayor todavía el mérito de enfrentarse a matones alquilados por los capitalistas y de dar el pecho a los fusiles, como en Mayo de 1896, o 1897, cuando el gran cacique y capitán de industria Víctor Chavarrí ordenó personalmente a una sección de guardias forales dispersar a tiros a los electores y prender a los candidatos obreros. En 1901, Pablo Iglesias y yo, designado para ir a acompañarle, llegamos a un colegio electoral en el instante de caer a la puerta, con el corazón partido de una puñalada, delante de su tío, un sobrino de nuestro concejal Felipe Merodio.

Por entonces, en Madrid los trabajadores, indiferentes y abulicos, se desentendían de contiendas electorales; en Bilbao, al contrario, los trabajadores, apasionados y bríosos, se jugaban la vida para que su voluntad se reflejara en las urnas. Pueden, pues, perdónarse algunas tretas para contrarrestar las de poderosos enemigos que también acudían a ellas, sumándolas al soborno, la coacción y la cárcel. Cada elección arrojaba un triste saldo de muertos, lesionados, presos y despedidos. No se trataba de certámenes académicos.

Esto mismo, multiplicado por cien, cabe decir de las huelgas. Sería defectuosa la educación sindical de aquellas masas —cuales la tenían perfecta medio siglo atrás—, pero es lo cierto que las formidables huelgas de mineros vizcaínos, iniciadas en 1890, mientras apenas nadie se atrevía a oponerse a la clase patronal, sacudieron a España y conmovieron al mundo. En pocos sitios se habrán roto nunca más valientemente que en Vizcaya las cadenas de la esclavitud proletaria. Los huelguistas habían de pechar con hambres prolongadísimas, soportar estados de guerra y no arredrarse ante el fuego

(Termina en la segunda página)

### Exceso de celo

## La Batalla de Charleroi

Por Rodolfo LLOPIS

La manifestación que la Internacional Socialista organizó en Charleroi el domingo 28 de junio no ha sido del agrado de los francoalanguistas. No nos extraña. La manifestación tuvo por objeto protestar contra la firma eventual del acuerdo económico-militar que desde hace más de dos años están negociando los Estados Unidos de América y el general Franco. Como puede suponerse, ni los organizadores de la manifestación ni los oradores que intervinieron en el mitin pensaron en ningún momento rendir pleitesia al tirano español.

Es lo que comprende fácilmente todo el mundo. Todo el mundo menos los asalariados francoalanguistas de servicio. Están tan acostumbrados a imponer silencio, en España, a los discrepantes, que no conciben no suceda lo mismo en los demás países. La «democracia orgánica» que padecen los españoles sólo concede la palabra y autoriza la pluma a los serviles aduladores del Caudillo y a los turiferarios del régimen. Los demás no tienen derecho a expresar su pensamiento.

Pero por muy zoquetes que sean los francoalanguistas, no pueden ignorar que la inmensa mayoría de los españoles, los que viven amordazados en España, no porque vivan amordazados dejan de pensar. Y ya pueden suponer que no piensan nada bueno del régimen, del Caudillo y de los beneficiarios de la situación. No sólo lo suponen, sino que lo

saben. Y porque lo saben, no dejan hablar ni escribir libremente.

Por fortuna, Bélgica no es España. Y en Bélgica la clase trabajadora puede manifestar públicamente, como lo hizo el 28 de junio, contra el oprobioso régimen francoalanguista y contra sus eventuales valedores. Como pudieron en el mitin los oradores expresar con absoluta libertad lo que piensan y no pueden decir los españoles que viven ahorrados en España.

En España se pueden suprimir las libertades a los adversarios, mas no se puede decir que hay criminales; se pueden enriquecer escandalosamente los francoalanguistas, con o sin uniforme, traficando con el erario nacional, pero no se puede decir que hay prevaricadores; se pueden ofrecer trozos del suelo patrio —puertos y aeródromos— a una potencia extranjera a cambio de un puñado de dólares, mas no se puede decir que hay traidores... En España todo es perfecto, todo es honesto. El Caudillo lo purifica todo. Por eso es el primer alcalde, el primer agricultor, el primer pescador, el primer ingeniero, el primer intelectual... ¡Que no en balde ha sido consagrado «Caudillo de España por la gracia de Dios!»

Quienes no acepten esa deliriosa interpretación de la España francoalanguista, son enemigos de España si de extranjeros se trata. O malos patriotas, si se trata de españoles. Los que organizaron la

manifestación e intervinieron en el mitin de Charleroi, como no tienen vocación de eunucos, no aceptaron esa interpretación y llamaron a Franco por su verdadero nombre, calificaron el régimen cual se merece, y no quedaron mal servidos los eventuales valedores de ambos.

Los francoalanguistas de servicio han tomado muy a pecho la demostración de Charleroi. El embajador de Franco en Bruselas se apresuró a protestar ante el ministerio de Asuntos Exteriores de Bélgica. El embajador tiene la desgracia de llamarse conde de Casa Miranda. Su nombre evoca en muchos belgas penosos recuerdos. Evoca el fatídico Campo de Miranda, donde tantos y tantos patriotas belgas, huídos de su país para continuar la lucha contra el opresor, fueron internados y conocieron las vejaciones y los malos tratos que Franco reservaba a los enemigos del nazi-fascismo. Del celo del embajador no tendrá queja su ministro de Madrid. Y como en Madrid todo se cotiza, no tardarán en conceder al conde de Casa Miranda la recompensa que tiene bien merecida.

El celo del embajador, como era de esperar, estimuló el de sus subordinados. Por eso el funcionario de servicio, transformado en corresponsal de prensa, envió una crónica al diario madrileño «Arriba». Y, pareciéndole insuficiente la sarta de embustes y de insultos contenidos en su primera

crónica, obsequió a sus lectores con una segunda crónica seis días después. Dos crónicas para llamar comunistas a los manifestantes socialistas, para decir que el secretario de la Internacional, Brauntal, es alemán —para estos «kultivos» de la Embajada franquista de Bruselas, todo el que habla en alemán tiene que ser necesariamente alemán—; para afirmar muy seriamente que Gailly «ha amasado unos compliments, mon cher Arthur!»; y, sobre todo, para decir una vez más que yo soy un mal nacido, un mal español, un cobarde, un traidor a la patria... Frente a un pueblo que casi no le entendía —dice tranquilamente el cronista, que como no estuvo en el acto, no se ha enterado en qué idioma habló—, en una nación extranjera, este español huido y vergonzante, que cobra el barato a las organizaciones internacionales, habla contra su Patria.

El celo del embajador y el celo del cornetín de órdenes han hecho escuela, pues uno de los jóvenes seniles que escribió en el semanario madrileño «Aventuras» se ha creído en la obligación de formular: «En nombre de qué puede hablar el exilado marxista Llopis, agente de Rusia, contra España?»

Hasta ahora, la historia registraba una sola batalla de Charleroi: la que libraron los ejércitos aliados contra el ejército alemán al comenzar la guerra europea de 1914. De ahora en adelante, gracias al celo de los agentes francoalanguistas, la pacífica manifestación y mitin del 28 de junio pasará a la historia como la segunda batalla de Charleroi. Gracias les sean dadas a los francoalanguistas, comenzando por el embajador conde de Casa Miranda, por haberse convertido en voceros de la manifestación y mitin de Charleroi.

Reconocemos que, en ese sentido, esta vez hemos tenido más éxito que el año pasado, cuando celebramos en la Plaza del Duomo de Milán el gran mitin internacional. Entonces no me dedicó la prensa francoalanguista, que yo sepa, más que una crónica que firmaba desde Roma un plumífero de servicio que dice llamarse Luis de la Barga. En su crónica se permitía «decir tranquilamente, entre otras lindulezas, que yo «había huido de España en 1939 llevándome varios candelabros de plata que había requisado...» No dice el número, pero si asegura que eran de plata. De plata nada más. ¡Si lo sabrá el tal Luis de la Barga...!

Pueden los serviles aduladores del Caudillo y los estupidizados turiferarios del régimen continuar mintiendo, insultando y calumniando. No conseguirán que enunciamos. Todas las tribunas a nuestro alcance habrán de parecerse pocas para denunciar ante la conciencia de los pueblos libres toda la abyección del régimen francoalanguista; para decir que allí se asesina impunemente a los adversarios; para demostrar que la corrupción se ha convertido en norma del Estado; y para gritar a la faz de los propios interesados que se deshonran quienes pactan, a espaldas del pueblo español, con un tirano mil veces peor que se jacta de lucir en su pecho las condecoraciones que solo sabe ganar guerreando contra otros españoles.

### Elecciones y huelgas

«En Bilbao —asevera Saborit— el socialismo se hacía en las tabernas. La organización sindical era un esqueleto con escasos cotizantes y muchos hombres de acción que paralizaban la vida de la región en cuanto se lo proponían. Las elecciones no representaban la voluntad popular. Ganaba quien metía más votos falsos, quien se apoderaba de las urnas.»

En todo esto hay enormes exageraciones. No niego el uso de ardid electoral, plenamente justificados. En Bilbao se luchaba electoralmente contra el soborno y contra la fuerza pública. El voto no se pagaba allí con un vaso de vino, cual ocurría en Madrid y según vaticinó Cánovas del Castillo combatiendo el sufragio universal, sino con muchísimas pesetas. Ya suponía

### Comentario

## Un buen bastón

Hay acciones que no son buenas ni malas por ellas mismas sino por como, cuándo y dónde se hacen. Así ocurre, por ejemplo, con esas aristocráticas y bellas españolas que, después de bañarse en las playas de San Sebastián con toda la rigurosa honestidad vestimentaria que les impone el Caudillo, marchan luego en coches lujosos a exhibir su espléndida desnudez en las playas de San Juan de Luz o de Biarritz con la misma generosidad que en mostrar la suya ponga cualquier bañista francés. Bastante hacen aquellas veraneantes con no perturbar la conciencia masculina española y no tienen por qué preocuparse de la de otros países que no han merecido de la Providencia la divina gracia de un Caudillo.

Ese mismo fué el caso, en el pasado mes de marzo, de la huelga de Gibraltar. ¿No acepta la Gran Bretaña el nefando derecho a la huelga? Pues sería tonto que no se aprovechara de él los españoles que a caballo sobre la frontera. De ahí vino aquella famosa huelga, de cuyos resultados aún murmuran los trabajadores interesados, incapaces de comprender las sutilezas de una sabia política de divisas extranjeras. No saben los pobres apreciar el bien que se les hace, y no fué poco el que recibieron del francoalanguismo, verdadero promotor del movimiento huelguístico. Cuando un español traspasa como es debido las fronteras de su país, lleva tras de sí la sombra tutelada del Estado. Bien pudiera ser que detrás de las bellas bañistas esté el Ministerio de la Información y de la Propaganda, así como detrás de los huelguistas, dirigiéndolos, estuvo el Ministerio del Ejército. Porque esa es la verdad, aunque el asunto se haya llevado con cierta discreción; y como los grandes hechos no pueden estar ocultos mucho tiempo, he ahí a un hombre dispuesto a recibir de los trabajadores de la Línea de la Concepción el homenaje que se le debe como director de la huelga bienhechora.

«¿Quién sino un general podía ser en España un hombre que hace el bien al pueblo? En efecto, se trata del general Barroso, que tiene el mando de la zona inmediata a Gibraltar. Primeramente se pensó en darle el título honorífico de «primer huelguista de España»; pero teniendo en cuenta que todos los números «unos» de la nación deben estar reservados para el Caudillo y, además, por ciertos reparos que despertaba el apelativo de huelguista, el título ha quedado —y no es poco— en «primer trabajador de Andalucía.»

No termina con eso el homenaje. El «alguien» que lo ha organizado ha fijado en cinco pesetas la cuota que para realizarlo debe satisfacer cada trabajador masculino. Las mujeres pagarán sólo tres pesetas. Y, sin embargo —parece ello mentira—, los trabajadores manifiestan una gran desgana por esa contribución, que satisfacen temerosos de que se les retire el pase para trabajar al otro lado de la frontera. Les parece demasiado los veinticinco o treinta mil duros que se habrán de recaudar para regalárselo al general un bastón. A nosotros nos parecerá poco todo lo que se recauda para dar a ese bastón toda la autoridad y toda la fortaleza que corresponde a su posible trascendencia. Porque no cabe duda de que el general tiene un plan y de que la huelga ha sido solamente su primer episodio. Ahora vendrá lo mejor, lo que tanto esperamos. Para ello hace falta un buen bastón, porque como aquellos generales guardan la espada para las honrosas ocasiones de mojarla en sangre española, el general Barroso —bajo la alta dirección del Caudillo— piensa que es necesario impulsar a los ingleses al bastonazo!

Felices GARCÍA

### Ante las elecciones en Alemania

## Los ricos, más ricos, y los pobres, más pobres

Por Fritz Heine

Del Comité Directivo del Partido Socialdemócrata Alemán

consumo privado en Alemania acaba solamente de alcanzar casi su nivel de antes de la guerra. Existía ya en nuestra nación la posibilidad de hacer tanto como eso. Mas hubiera sido necesario repartir la renta social de modo más equitativo.

En lugar de proceder a esto, se frenó artificialmente el consumo mediante tasas extraordinariamente elevadas. El consumo normal de carne, mantequilla, etc., no alcanza hoy en el alemán medio más que los dos tercios de antes de la guerra. Este es el caso para el gran número de los que trabajan. Y además se ven obligados a suministrar una labor doble y hasta triple del de los obreros ingleses, por ejemplo, para comprar la misma cantidad de viveres. Por otra parte, tienen que renunciar en amplia medida a alimentos sustanciales y a los que se llama «productos de lujo», como cerveza, chocolate, tabaco...

Tras la pomposa fachada del sedicente milagro económico alemán se ocultan las sombrías realidades siguientes: Faltan aún más de cinco millones de viviendas. De cada tres familias, dos no poseen alojamiento. Cien mil familias de refugiados vegetan en albergues colectivos.

De cada diez muchachos, hay seis que no poseen domicilio personal. De cada tres jóvenes, hay

uno que carece de hogar familiar, en el sentido habitual del término.

Hasta en los períodos más favorables se registra todavía más de un millón de parados, de los cuales son muchos los que están sin trabajo desde hace ocho años.

Alrededor de diez millones de hombres —una quinta parte de la población— cuentan con medios de subsistencia muy por debajo del mínimo vital. Unos dos millones de ellos reciben mensualmente menos de 400 marcos.

En las escuelas primarias amontonan en las clases el doble de niños que en los países vecinos.

Todo esto —y me he limitado a unas pocas indicaciones— hubiera podido ser evitado si se hubiese seguido una política algo más conforme con la justicia social.

Las cargas fiscales fueron repartidas de una manera inicua. Los que hicieron pequeños ahorros han sido desposeídos. Los propietarios de acciones han sido favorecidos.

Los salarios han sido mantenidos al nivel más bajo, mientras que los beneficios industriales subían como la espuma. Se ha tolerado el aumento desproporcionado del coste de la vida y los lucros neuróticos.

Unos dos tercios de las recaudaciones presupuestarias provienen de impuestos indirectos sobre el consumo, lo que

hace gravitar sobre los pobres la carga más pesada.

Mientras los obreros pagan el impuesto sobre el salario hasta el último centimo, el Gobierno ha cerrado los ojos al fraude fiscal de los enriquecidos, que alcanza a 4.000 millones de marcos. Y concedió a los venturosos poseedores, devoluciones fiscales por valor anual de 1.250 millones de marcos.

La reforma monetaria de 1948 hizo que se «fundieran» de un día para otro, de 71.000 a 4.000 millones de marcos, los haberes de las cuentas de ahorro, y millones de modestas gentes han quedado arruinadas por segunda vez. Otros alemanes pudieron salvar su fortuna a través de dos guerras y de dos inflaciones; son los que en 1914 habían transformado su fortuna en acciones.

Los partidos gubernamentales se han opuesto a la repartición equitativa de las costas de la guerra entre los poseedores de ahorros y los accionistas.

En tanto que la cifra de negocios del conjunto de las industrias aumentaba en dos años en un 40 por 100, los salarios de los obreros no progresaron más que en un 10 por 100. Se ha visto, paralelamente, que subían las tasas de los beneficios y que bajaba la parte de los salarios en la carga global de los precios de costo.

La elevación de los precios

ha sido enorme. Los de los materiales de construcción, por ejemplo, han aumentado, después de la reforma monetaria, 260 por 100 en relación con el nivel anterior a la guerra. Bajo el Gobierno Adenauer los precios de los viveres, de los vestidos y del mobiliario han aumentado de 50 a 100 por 100.

Se ha llegado al punto en que la mayoría de los obreros y empleados deben gastar poco más o menos la mitad de sus ingresos familiares solamente en alimentación. Y los que han quedado reducidos a este régimen ven cómo se desmorona ante sus ojos la riqueza ostentatoria de los poseedores.

En la mayoría de los países los millonarios son menos numerosos que antes de la guerra; en Alemania, se han multiplicado. La política fiscal de Adenauer ha sido conducida de tal modo que existen más de 10.000 personas que, tras deducción de todos los impuestos, perciben rentas netas superiores a 65.000 marcos. En Gran Bretaña, país tan poblado como Alemania occidental, no existen más que sesenta personas que tengan tales rentas. Verdad es que, según expresión del embajador alemán Schlange-Schöningen, el Labour Party ha hecho desaparecer la miseria...

Todos los que han viajado por Alemania han quedado chocados ante la opulencia insolente de los beneficiarios del régimen gubernamental, en contraste con las deficiencias visibles de las clases populares.

Tal es uno de los problemas que se plantean al elector alemán.

No tendrá ello solución más que si la contienda del 6 de septiembre expulsa del poder a los hombres que han hecho a los ricos más ricos y a los pobres más pobres.

# El pleito de la C. N. T. en el Congreso de su Internacional

(Viene de la primera página)

En los locales del Ayuntamiento de Puteaux, cuyo alcalde es socialista, se ha celebrado el Congreso de la organización sindical internacional anarquista, es decir, la AIT, a la que pertenece la Confederación Nacional del Trabajo de España.

En dicho Congreso se ha discutido una vez más la cuestión de la división interna de la CNT española, acordándose la resolución siguiente:

«La Ponencia nombrada para dictaminar sobre el cuarto punto del Orden del Día del VIII Congreso de la AIT (cuestión española), presenta la siguiente moción a la aprobación del Congreso:

Considerando que los postulados que son la razón de ser de la AIT, basados sobre los principios, tácticas y finalidades de su Carta fundamental han sido reafirmados en sus diversos Congresos, marcando así una línea de conducta bien definida;

Considerando que toda otra posición sería un atentado a los propios principios de la AIT, y que privaría a los trabajadores del mundo entero, así como a los propios obreros españoles, de la posibilidad de agruparse para acelerar la desaparición del régimen capitalista y el advenimiento de una sociedad en donde el comunismo libertario sea la norma de vida;

Considerando la experiencia dolorosa vivida en España en el curso de la revolución de 19 de Julio de 1936, y las consecuencias de un hecho que, por táctica o habilidad circunstancial, pretendía una minoría dar carácter permanente a lo que sólo era accidental, y haciendo en nombre de la autonomía atribuida en dicha época a las Secciones;

Considerando que los motivos que han podido explicar en el pasado ciertas posiciones de la CNT española, contrarias a los principios y tácticas de la AIT, han desaparecido;

Considerando que a medida que esta situación se prolonga es evidente que puede provocar una confusión y hasta amenazar la existencia misma de nuestra Internacional; que el problema llamado de la Sección española no le es particular, sino que tiene especialmente la atención de los militantes sindicales revolucionarios y disminuye la eficacia de la acción cotidiana en el orden internacional;

Considerando que la colaboración con el Estado, impuesta en España por la guerra a la acción insurreccional de la CNT, ha producido una división interna, y que ha reducido el prestigio de nuestra Internacional, perjudicando por lo contrario total satisfacción los elementos políticos y autoritarios que están en esa división la desaparición de la única fuerza moral ligada profundamente al pueblo español, y que representaba por esa misma fuerza una garantía para el proletariado internacional;

Considerando que la CNT de España en el Exilio ha superado dicha situación en su Congreso de Federaciones Locales de París (1 de Mayo de 1945), en el que participaron todos los militantes, y que declaró terminado el período colaboracionista volviendo a la posición clásica del sindicalismo revolucionario y a las normas establecidas y en sus Congresos regulares de España, cuyo último, el de Zaragoza (Mayo de 1936), ratificó los principios y tácticas confederales, continuando la CNT su trayectoria revolucionaria y antistatal;

Considerando que las Secciones de nuestra Internacional han podido reunir suficientes elementos de juicio para poder pronunciarse en este VIII Congreso sobre el problema llamado de la es-

ción» que ha venido efectuando a la Sección española, PROPONEMOS

1) Que el Congreso decida no continuar el debate sobre la llamada «cuestión española» y atenerse a la discusión del Orden del Día.

2) Que dado que los Estatutos de la AIT establecen que ésta no puede reconocer a más de una Sección por país, el Congreso declara que en el futuro la AIT reconozca como sola Sección de nuestra Internacional en España a la CNT representada por su Comité Nacional del Interior y sus delegados nombrados regularmente por la Plenaria celebrada en España el 13 de Junio de 1933 y al Secretariado Intercontinental de la CNT de España en el Exilio, que han mantenido siempre relaciones orgánicas con el Secretariado de nuestra Internacional, y que son los únicos organismos que respetan los Estatutos y principios de la AIT.

Puteaux (Francia) a 20 de Julio de 1933. — La Ponencia. Esta moción ha sido aprobada por unanimidad, hallándose representadas en el Congreso las Secciones de la AIT que se mencionan a continuación:

Confédération National du Travail (Francia). — Sverges Arbeters Centralorganisation (Suecia). — Unione Sindicalista Italiana. — Norsk Syndicalist Federation (Noruega). — CNT (Bulgaria). — Federación Obrera Regional Uruguaya. — Federación Freitritichen Sozialisten (Alemania). — Syndicalist Workers Federation (Gran Bretaña). — Nacionalsch Syndicalist Valterbond (H o l a n d a). — Federación Obrera Regional Argentina. — D e n Syndicalist Federation (Dinamarca). — Sección de la AIT (Austria). — Vanguardia Anarco-sindicalista (Chile). — Confederación Nacional del Trabajo (España). — CNT de España en el Exilio.

La AIT ha reconocido, pues, como única representación de los confederales españoles a la organización «no colaboracionista», «España Libre», órgano, como se sabe, de los confederales «colaboracionistas», dice en su número del 9 de agosto que la resolución fue votada por las delegaciones que siguen, con expresión de los afiliados que representan: «Francia (2.000 afiliados); Inglaterra (menos de 100); U r u g u a y (500); Argentina (500); Austria (32 afiliados en dos grupos); Bulgaria (40); Italia, que no precisa sus afiliados, pero que se lamenta de no poder desarrollar la propaganda anarquista debido a la falta de compañeros para realizar tal misión.

En contra de la proposición hecha por la Sección francesa votaron las delegaciones amigas de la CNT de España:

Suecia (19.000 afiliados); Alemania (70); Dinamarca (40); Holanda (40); Noruega (menos de cien).

A continuación añade «España Libre»: «Cabe destacar que, no habiendo podido asistir a esta lamentable votación los delegados de Cuba y Chile, no pudieron defender los intereses de la Confederación Nacional del Trabajo de España. Pero al finalizar las tareas del Congreso, el compañero Mirandá, representante de Chile, dejó bien patente su mandato, manifestando que para Chile y Cuba no seguía habiendo más que una CNT, la que representa nuestro Comité Nacional de España Libre».

No estará de más recordar que la Unión General de Trabajadores de España está adherida a la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (C.I.O.S.L.), que cuenta con 77 organizaciones establecidas en 59 países, con un total de 52 millones de afiliados.

revolucionario, edecán de Perezagua, participe en Madrid del atentado que costó la vida al general Prim.

Perezagua era arrogante, de estatura esbelta, barba negra, ojos centelleantes y tez morena. Podía tomarse por un árabe rezagado en Toledo, su ciudad natal, pero no un árabe cualquiera sino de la estirpe del mismísimo Mahoma. Su influencia política se debía a la soberanía de un sultán, no tolerando que se discrepara de sus opiniones ni se desautoraran sus mandatos. En su torno nunca faltaba nutrida corte de admiradores. Adivinando en un futuro contrincante, la movilizó para echarse del Partido y, aunque no obtuvo ni expulsión, logró que se le impusiera un voto de censura sin más delito que el de haber motejado a un camarada diciéndole: «Eres más tonto que la sobrina de Perezagua.» En 1912, viéndose preferido, provocó una escisión para más tarde afiliarse al comunismo.

En Vizcaya se registraron las primeras grandes demostraciones de solidaridad obrera, pues hubo huelgas tremendas de mineros y siderúrgicos para mejorar el salario y disminuir la jornada, sino para protestar contra despidos injustos, como el de algunos cargadores del ferrocarril de Triano y el de tres operarios de Altos Hornos. En este último caso fundiéndose el desinterés colectivo y la abnegación individual: los despedidos, para ahorrar mayores sacrificios a sus compañeros, se ausentaron de la provincia renunciando a reintegrarse en la fábrica, y así pusieron fin a una huelga que tenía sin lumbré miles de hogares. En Vizcaya, por vez primera en el mundo —luego siguieron el ejemplo los mineros ingleses—, los huelguistas, para resistir, más, se despidieron de sus hijos, distribuyéndolos entre otras familias. Es difícil poner tachas a aquel electorador movimiento socialista y sindical.

La circunstancia de que después hubiese otros tres concejales socialistas también dueños de tabernas servía de blanco fácil a críticas catonianas. Se les elegía, aun posteriormente a la desaparición de las restricciones de elegibilidad, por necesitarse hombres de vida independiente, y ellos lo eran, así como algún libre, algún droguero, algún sastre y algún zapatero que les acompañaban en los escapes concejales. Luego se echó mano de tipógrafos que trabajaban nocturnamente, arrebatándoles parte del descanso diario para dedicarlo a sesiones plenarias, Comisiones, etcétera. Madrid salvó al principio el escollo confiriendo tan arduos cargos gratuitos a personas que, por pertenecer a Comités de organizaciones nacionales, percibían sueldos muy modestos pero que les exoneraban de la presión patronal.

Todos los cargos públicos de elección popular debían ser los Concejos, a quienes se les debía el establecimiento de cualquier clase y magnitud. Orte salvó su acta edilicia por poseer una pequeña carbonería. Su gestión municipal, haciéndole desatender el diminuto negocio, acabó por arruinarse. En sus últimos tiempos repartía el semanario «La Lucha de Clases». Como aún no había transcurrido un año en Bilbao, se liberó de dudar sobre si debía admitir el pase de libre circulación para no desgastar sus alpargatas.

Después de haber concluido Orte su mandato de cuatro años, fue elegido concejal Fausto Perezagua, sin que tuviera hubiera ningún otro de igual filiación en España. Fundidor de metales muy apto, en su taller le cerró los talleres y para subsistir puso una taberna. La taberna, como antes la carbonería a Orte, le capacitó para ser concejal.

¡Cuanto y cuán injustamente se habló de la taberna de Perezagua! Francisco Grandmontagne hizo una descripción de ella presentándola, sin apego a la verdad, cual si fuese unantro. Era, por el contrario, un local aseadísimo, paredes cuidadosamente revestidas de papel, mostrador de estaño refrigilente y mesas cubiertas de zinc, siempre limpias. Al lado derecho de la entrada destacaba un armario con vidrieras apiladas y folletos puestos a la venta, y en el mismo rincón se pendían unos cuadros con regatón de hierro, hechos de ramas de palmera retorcidas y barnizadas. Al pie del armario, grufía «Lolo», viejo perro de aguas, negro y legñoso. Parecía el guardián de la doctrina contenida en los folletos, y los bastones, fabricados por un socialista de Elche, armas prestas a ser blandidas en defensa de aquel sagrario. Junto al perro, y más gruñón que él, Bernardo Cantarero, anciano

de fusilería de tropas acumuladas imponentemente. La sentencia que indujo a expatriarse a Felipe Carretero, Toribio Escorial y Fausto Perezagua, concejales los tres, les fue impuesta por discursos que pronunciaron en el cementerio de Ortuña mientras recibían sepultura varios mineros acrobáticos a balazos. Juan José Morato explicó con acierto los brotes socialistas en zonas rurales de Castilla atribuyéndolos a los trabajadores de las minas de Vizcaya que, inscritos por represalia en listas negras, regresaban a sus pueblos natales.

En Vizcaya se registraron las primeras grandes demostraciones de solidaridad obrera, pues hubo huelgas tremendas de mineros y siderúrgicos para mejorar el salario y disminuir la jornada, sino para protestar contra despidos injustos, como el de algunos cargadores del ferrocarril de Triano y el de tres operarios de Altos Hornos. En este último caso fundiéndose el desinterés colectivo y la abnegación individual: los despedidos, para ahorrar mayores sacrificios a sus compañeros, se ausentaron de la provincia renunciando a reintegrarse en la fábrica, y así pusieron fin a una huelga que tenía sin lumbré miles de hogares. En Vizcaya, por vez primera en el mundo —luego siguieron el ejemplo los mineros ingleses—, los huelguistas, para resistir, más, se despidieron de sus hijos, distribuyéndolos entre otras familias. Es difícil poner tachas a aquel electorador movimiento socialista y sindical.

fué rechazada. Escríptulos alburdos obligaron al alcalde de una villa rica y populosa a trabajar en su oficio hasta el amanecer y a que su esposa, para contribuir al presupuesto familiar, siguiera fregando los suelos de la Escuela de Artes y Oficios.

Según Sabarrit, el socialismo bilbaíno se hacía en las tabernas. Parcialmente, tiene razón. Sin haber sido nunca noble, no abomino de las tabernas. Sé que a veces son pódicos del manicomio, y así nos las pintó Emilio Zola en «L'Assommoir». Pero o otros han dicho razonablemente que son casinos del pueblo.

¿Dónde van a congregarse los hombres humildes sino en la taberna, sobre todo en regiones cúbicas, frías y húmedas cuyo clima no convida al paseo ni permite formar tertulia al aire libre? El último Boletín de Estadística, del Ayuntamiento de Bilbao, con- signa que no ha habido ni un solo día despejado en aquella urbe durante el cuarto trimestre 1932. En el tercer trimestre, hubo cuatro días despejados. ¡Cuatro días únicamente a lo largo de medio año! Se comprende por qué quienes no tienen hogar confortable, conviviendo bajo el mismo techo, en miserias habitaciones, dos, tres y hasta cuatro familias, busquen el refugio de la taberna para echar un trago, platicar con los amigos y jugar al mus? ¿Y podrían ejercer esto los burgueses de Bilbao, donde lo más granadito de la buena sociedad se agrupa sin empacho en el famoso Kurding Club?

Claro que es preferible concurrir a bibliotecas, teniendo a la vista libros en lugar de

naipes, pero no todos sienten afición al estudio y, además, conviene que muchos no la sientan. He conocido personas que enloquecieron con la bebida, mas también otras perturbadas mentalmente por leer mucho. Todos los excesos dañan. En el Ateneo de Madrid no faltaban locos atiborrados de lecturas indigestas. Mis remembranzas de hoy y abarcan época en que a los anarquistas les entró la manía del ateísmo. Abundaban entonces los Ateneos Libertarios y muchos discípulos de Bakunin se enamoraron de la astronomía, la teosofía y el vegetarismo.

En el País Vasco hay aldehuelas cuya casa consistioral es la taberna, y en ella los concejales, luciendo sus blusas domingueras, resuelven aseadamente las cuestiones comunales entre sorbo y sorbo de chacolí, después de oír misa. Estos Concejos, reunidos mientras la lluvia empapa el campo, me resultan tan venerables como los Concejos abiertos de la antigüedad.

Tampoco me han parecido mal las tabernas capitalistas convertidas en clubs políticos. Famosos clubs políticos ingleses nacieron en tabernas. Los más abnegados secretarios de sociedades obreras bilbaínas, cuando no se retribuían sus funciones, refrescaban el gaznate con un «chiquito» de vino rojiano después de transcribir al libro de actas los acuerdos de la última asamblea.

En los combates, muy duros, que sostuve con Perezagua, nunca le apostrofé por sus actividades tabernarias. ¿Con qué título iba a hacerlo si frecuentemente había visto a Pablo Iglesias, su huésped de entonces, comer en las limpias mesas de aquella taberna-club de la calle de Bailén?

El apóstol no repugnó entrar en la taberna, ni condenó ardid electorales usados a favor de su propia candidatura, ni mucho menos repudió a valerosos hombres de acción que no cotizaban con regularidad en el sindicato. ¿Por qué nosotros vamos a manifestar repugnancias, condenaciones y repudios que no tuvo el maestro? Sumergiendo defectos e impurezas, lo hababa todo un maravilloso heroísmo. Hubiese sido exigir demasiado a quienes en desigual lucha oponían la vida por abrir paso a ideas de futura redención que llevasen al palenque, debajo del sobaco, el Catón completo, con todas sus máximas.

En el futuro de nuestro país no vislumbramos pesadillas, dramas y dolores como la monstruosidad hubiese llegado a una saturación, creemos que no somos ya capaces de vivir tragedias; ni como espectador, ni autor, ni protagonista. Se nos ha roto el alma por el dolor y andamos ciegos en busca de la paz, de justicia, del sosiego, del reposo.

No podemos imaginar el porvenir de nuestra pobre patria sin encuadrar en él a nuestra organización, sin establecer la posición que allí habrá de ocupar la UGT. Se encuentra hoy tan insolublemente unida la vida social y económica de un país con los organismos sindicales que no acertaríamos a esbozar el desarrollo de un pueblo haciendo abstracción del movimiento obrero.

Una organización sindical libre, floreciente, abarcando todas las ramas de la producción, de las actividades del hombre en sus múltiples y variados aspectos, será el reflejo de una nación culta, progresiva, civilizada.

No creamos que se camina, con el desenvolvimiento creciente de los Sindicatos, hacia

un Estado sindicalista. A lo que hay que aspirar es, no a ese Estado, sino a la regulación, estudio y solución de todas las cuestiones que afectan a las relaciones del trabajo por medio de los Sindicatos, y a lograr que a cargo de éstos se encuentren la dirección industrial, la administración y explotación agrícola, la administración de los servicios públicos, etc.

Nosotros soñamos con un sindicalismo que sustituya ventajosamente a ciertas administraciones locales, provinciales y nacionales, que reemplacen a los viejos Concejos de administración de las industrias, que dirijan la vida social e industrial del país.

Después de los ensayos de democracia política, conviene ir caminando hacia la experiencia de la democracia industrial, de la democracia social y económica.

# Gobernar, club político

fué rechazada. Escríptulos alburdos obligaron al alcalde de una villa rica y populosa a trabajar en su oficio hasta el amanecer y a que su esposa, para contribuir al presupuesto familiar, siguiera fregando los suelos de la Escuela de Artes y Oficios.

Según Sabarrit, el socialismo bilbaíno se hacía en las tabernas. Parcialmente, tiene razón. Sin haber sido nunca noble, no abomino de las tabernas. Sé que a veces son pódicos del manicomio, y así nos las pintó Emilio Zola en «L'Assommoir». Pero o otros han dicho razonablemente que son casinos del pueblo.

¿Dónde van a congregarse los hombres humildes sino en la taberna, sobre todo en regiones cúbicas, frías y húmedas cuyo clima no convida al paseo ni permite formar tertulia al aire libre? El último Boletín de Estadística, del Ayuntamiento de Bilbao, con- signa que no ha habido ni un solo día despejado en aquella urbe durante el cuarto trimestre 1932. En el tercer trimestre, hubo cuatro días despejados. ¡Cuatro días únicamente a lo largo de medio año! Se comprende por qué quienes no tienen hogar confortable, conviviendo bajo el mismo techo, en miserias habitaciones, dos, tres y hasta cuatro familias, busquen el refugio de la taberna para echar un trago, platicar con los amigos y jugar al mus? ¿Y podrían ejercer esto los burgueses de Bilbao, donde lo más granadito de la buena sociedad se agrupa sin empacho en el famoso Kurding Club?

Claro que es preferible concurrir a bibliotecas, teniendo a la vista libros en lugar de

naipes, pero no todos sienten afición al estudio y, además, conviene que muchos no la sientan. He conocido personas que enloquecieron con la bebida, mas también otras perturbadas mentalmente por leer mucho. Todos los excesos dañan. En el Ateneo de Madrid no faltaban locos atiborrados de lecturas indigestas. Mis remembranzas de hoy y abarcan época en que a los anarquistas les entró la manía del ateísmo. Abundaban entonces los Ateneos Libertarios y muchos discípulos de Bakunin se enamoraron de la astronomía, la teosofía y el vegetarismo.

En el País Vasco hay aldehuelas cuya casa consistioral es la taberna, y en ella los concejales, luciendo sus blusas domingueras, resuelven aseadamente las cuestiones comunales entre sorbo y sorbo de chacolí, después de oír misa. Estos Concejos, reunidos mientras la lluvia empapa el campo, me resultan tan venerables como los Concejos abiertos de la antigüedad.

Tampoco me han parecido mal las tabernas capitalistas convertidas en clubs políticos. Famosos clubs políticos ingleses nacieron en tabernas. Los más abnegados secretarios de sociedades obreras bilbaínas, cuando no se retribuían sus funciones, refrescaban el gaznate con un «chiquito» de vino rojiano después de transcribir al libro de actas los acuerdos de la última asamblea.

En los combates, muy duros, que sostuve con Perezagua, nunca le apostrofé por sus actividades tabernarias. ¿Con qué título iba a hacerlo si frecuentemente había visto a Pablo Iglesias, su huésped de entonces, comer en las limpias mesas de aquella taberna-club de la calle de Bailén?

El apóstol no repugnó entrar en la taberna, ni condenó ardid electorales usados a favor de su propia candidatura, ni mucho menos repudió a valerosos hombres de acción que no cotizaban con regularidad en el sindicato. ¿Por qué nosotros vamos a manifestar repugnancias, condenaciones y repudios que no tuvo el maestro? Sumergiendo defectos e impurezas, lo hababa todo un maravilloso heroísmo. Hubiese sido exigir demasiado a quienes en desigual lucha oponían la vida por abrir paso a ideas de futura redención que llevasen al palenque, debajo del sobaco, el Catón completo, con todas sus máximas.

En el futuro de nuestro país no vislumbramos pesadillas, dramas y dolores como la monstruosidad hubiese llegado a una saturación, creemos que no somos ya capaces de vivir tragedias; ni como espectador, ni autor, ni protagonista. Se nos ha roto el alma por el dolor y andamos ciegos en busca de la paz, de justicia, del sosiego, del reposo.

No podemos imaginar el porvenir de nuestra pobre patria sin encuadrar en él a nuestra organización, sin establecer la posición que allí habrá de ocupar la UGT. Se encuentra hoy tan insolublemente unida la vida social y económica de un país con los organismos sindicales que no acertaríamos a esbozar el desarrollo de un pueblo haciendo abstracción del movimiento obrero.

Una organización sindical libre, floreciente, abarcando todas las ramas de la producción, de las actividades del hombre en sus múltiples y variados aspectos, será el reflejo de una nación culta, progresiva, civilizada.

No creamos que se camina, con el desenvolvimiento creciente de los Sindicatos, hacia

un Estado sindicalista. A lo que hay que aspirar es, no a ese Estado, sino a la regulación, estudio y solución de todas las cuestiones que afectan a las relaciones del trabajo por medio de los Sindicatos, y a lograr que a cargo de éstos se encuentren la dirección industrial, la administración y explotación agrícola, la administración de los servicios públicos, etc.

Nosotros soñamos con un sindicalismo que sustituya ventajosamente a ciertas administraciones locales, provinciales y nacionales, que reemplacen a los viejos Concejos de administración de las industrias, que dirijan la vida social e industrial del país.

Después de los ensayos de democracia política, conviene ir caminando hacia la experiencia de la democracia industrial, de la democracia social y económica.

# EL SOCIALISMO EN EL MUNDO

VIAJA DEL PRESIDENTE DE LA I.S.

El compañero Morgan Phillips, presidente de la Internacional Socialista, ha hecho un largo viaje a India y Birmania, habiendo asistido al II Congreso que los Partidos Socialistas asiáticos han celebrado los días 10 de agosto basándose en la ciudad de Hyderabad (India).

De vuelta para Inglaterra, ha estado durante cuatro días en Israel con objeto de ver sobre el terreno las realizaciones sociales del joven Estado judío bajo la dirección del fuerte Partido Socialista «Mapai» y celebrar entrevistas con el presidente del Consejo, Ben Gurion, y con el ministro de Relaciones Exteriores, Moshe Sharet.

## SOCIALISTAS QUE SE QUERELLAN CONTRA EL CANCELIER ADENAUER

BONN (SIS). — La campaña que los diversos sectores políticos están realizando con vistas a las elecciones de octubre, se van a tener lugar el próximo 6 de septiembre, que había empezado en una atmósfera relativamente serena, tras una larga y silenciosa tregua, se vio interrumpida por la violencia que se produjo entre los partidos cristiano-social y socialdemócrata.

El canciller Adenauer personalmente quien conduce la batalla por el primero de estos dos partidos. El canciller se presentó en la semana pasada una carta al Partido Socialdemócrata —publicada a la vez el texto en la prensa— en la que se le reprochaba de que dos funcionarios socialdemócratas habían recibido fondos de la zona soviética para financiar las elecciones.

La respuesta socialista a esta calumnia ha sido inimitable. Heinz Schönd, líder de la izquierda del Solingen, uno de los afectados por la denuncia, ha sido atacado por la afirmación de Adenauer, era una calumnia. El canciller, que ya y que iniciaba su gestión para que se abriese un proceso contra el autor de la calumnia. El segundo de los «dinculpa», Hubert Schärer, líder de la Sección de Gelsenkirchen, ha dicho que estaba dispuesto a ir a la cárcel por difamación.

## LOS LABORISTAS Y EL PROBLEMA DE COREA

LONDRES (SIS). — En una declaración que ha hecho pública, el Partido Laborista protesta con vehemencia contra el hecho de que Gran Bretaña haya firmado, junto con 16 otros Estados miembros de las Naciones Unidas, una declaración según la cual la guerra deberá extenderse a China en el caso de que Corea del Norte violase el tratado de armisticio. El Partido Laborista rehusa aceptar cualquier responsabilidad si las hostilidades hubieran de extenderse en Extremo Oriente como se deduce de la advertencia de dichas potencias signatarias.

Entre gran número de conservadores de la Cámara se observa también cierta alarma por esa amenaza. El Foreign Office ha declarado por su parte, que la firma del documento en cuestión no significaba que Gran Bretaña hubiera de participar automáticamente en la resolución de las hostilidades. La declaración publicada por los laboristas hace breve una temporada en la columna de las Comunes. Esta debe abreviar normalmente el 20 de octubre, pero los laboristas entienden que debería ser condecorada, a fin de poner en claro la cuestión. Si el Go-

bierno piensa evitar una controversia, será necesario, probablemente, que haga una declaración oficial satisfactoria sobre la actitud de Gran Bretaña en relación con ese problema.

## SEMANA DE ESTUDIOS SOCIALISTAS INTERNACIONALES

Bajo los auspicios de la Internacional Socialista se celebrará, del 20 al 26 de octubre, en París, en el Instituto de Estudios Sociales, la Semana de Estudios Sociales. Una semana de Estudios Sociales en la luz de las experiencias nacionales.

El objeto de este curso de reuniones —el segundo desde que los compañeros suecos han puesto, su propiedad a disposición de la Internacional— es hacer estudiar a los estudiantes socialistas designados por los partidos, una serie de problemas especiales de los que los principales son:

- 1) «Ese nacionalización: resultados comparados según los países».
- 2) «La democracia industrial: Consejos de empresa, co-gestión industrial».
- 3) «La dirección general de la economía y la planificación económica».
- 4) «La estructura de las clases según los países: razones del éxito del comunismo en Francia y en Italia y de la política obrera en otros países, las clases medias y el neo liberalismo económico, el campesinado y el socialismo».

Las sesiones de estudio serán dirigidas por André Philip. Los partidos designan sus 20 participantes, preferentemente de 40 años de edad, entre los militantes más calificados: sindicalistas, parlamentarios, periodistas, científicos, etc., para las cuestiones económicas y sociales. Son libres de nombrar cuantos quieran.

bierno piensa evitar una controversia, será necesario, probablemente, que haga una declaración oficial satisfactoria sobre la actitud de Gran Bretaña en relación con ese problema.

## PROGRESOS SOCIALISTAS EN EL CANADA

Las elecciones generales celebradas en el Canadá el lunes 10 de agosto dieron el siguiente resultado: Liberales, 172 actas (pierden 9); conservadores, 50 (ganan 2); socialistas, 23 (ganan 10); movimiento progresista socialista, 5 (ganan 5); independientes, 5 (pierden uno).

El partido liberal, cuyos dirigentes principales son M. Saint-Laurent, presidente del Gobierno, y M. Lester Pearson, ministro de Relaciones Exteriores y actual presidente de la Asamblea general de la ONU, sigue conservando mayoría absoluta, considerándose necesario el adelanto de elecciones desde que está en la Poder a partir de 1958 sin interrupción.

Las ganancias registradas por los socialistas y los del crédito social lo han sido en las provincias del Oeste (Saskatchewan, Columbia Británica y Alberta), en cuyos Diputaciones provinciales tenían de antes fuertes posiciones y probaron siempre ser excelentes cuando el sistema electoral se denominaba en este país «Cooperativo».

Los comunistas no han obtenido un solo puesto, aunque presentaron un centenar de candidatos y fueron condecorados, a fin de poner en claro la cuestión. Si el Gobierno piensa evitar una controversia, será necesario, probablemente, que haga una declaración oficial satisfactoria sobre la actitud de Gran Bretaña en relación con ese problema.

# MOVIMIENTO OBRERO INTERNACIONAL

## CONGRESO DE OBREROS ARABES EN NAZARET

TEL AVIV (SIS). — Se ha celebrado últimamente en Nazaret un Congreso de obreros árabes de Israel, en ocasión de haber sido la gran central sindical judía Histadrut sus Sindicatos a los trabajadores de aquella zona.

Asistieron varios centenares de obreros, y delegados de la Histadrut y del ministerio de Trabajo. Kamel Al Tibi, del Consejo ejecutivo de la Liga de Trabajadores Árabes, defendió el criterio de unión de las poblaciones judía y árabe del país con lazo que debe quedar imborrable, es la reciente decisión de la Histadrut —agrega— marca el comienzo eficaz de la integración total del judío en la vida del país.

Mohamed Khalil, líder de la Liga Obrera Árabe, dijo lo que en 30 años de lucha tenaz han conseguido los árabes, y eso no lo ofrecen hoy a nosotros; nos basta tener la mano para participar de esos beneficios.

R. Barkat, de la Eclética de la Histadrut, refirió a esta nueva prueba de confianza y propuso por un compromiso solemnemente para proseguir el trabajo y aplicación del principio establecido de igualdad total entre trabajadores judíos y árabes en este país.

## INAUGURACION DE LA NUEVA CASA CENTRAL DE SINDICATOS EN ISRAEL

En julio pasado se ha inaugurado oficialmente en Tel Aviv, calle Arlosoroff, la nueva casa central de la Confederación Nacional del Trabajo de Israel, Histadrut.

## SE DESEA CONOCER EL PARADERO...

De Manuel Carmona Gómez, natural de Y. del Río y Minas (Sevilla). Hasta el año 1932 se encontraba en México. Aguarda noticias acerca de si el compañero Juan Mora, 1. rue Bobillot, Sidi Bel Abbés (dep. Orán, Argier),

## Tratase de un soberbio edificio de nueva construcción, de siete plantas, en la zona de Naazaret.

Cuenta numerosos locales para secretarías y servicios diversos. En el piso más alto, el séptimo, se encuentra la gran sala de reuniones.

La inauguración se efectuó con una imponente ceremonia a la que asistieron los miembros de la Comisión Ejecutiva, los veteranos del movimiento y numerosos invitados. Entre los concurrentes se encontraban el presidente del Estado, Ben Zvi; el primer ministro, Ben Gurion; el presidente del Knesset (Parlamento), Sprinzak; ministros, representantes de prensa nacional y extranjera, delegados de Comités obreros de ciudades y pueblos.

Terminaron los actos con un gran festival al aire libre, asistiendo más de 5.000 personas entre delegados e invitados. Intervino en esta función, al lado de otras agrupaciones artísticas, la Orquesta Filarmónica Nacional.

## ATLEE Y BEVAN EN YUGOSLAVIA

En el curso de la visita que ha hecho a Yugoslavia el líder del Partido Laborista británico, Clement Atlee, fué condecorado el día 21 a una comida cordial por el marxista Tito, habiendo asistido al ágape, entre otros, el presidente del Comité Ejecutivo de Bosnia-Herzegovina, Djuro Pucar; el secretario de Relaciones Exteriores, Sosa Popovich, y otras personalidades políticas.

En la misma jornada del 21 asistió a Yugoslavia para Inglaterra, después de haber pasado allí varios días, el líder del ala izquierda del Laborismo británico, Aneurin Bevan. Le acompañaron al aeropuerto el vicepresidente del Comité Ejecutivo nacional, Milovan Djelic, y el presidente del Comité de Relaciones Exteriores, Vladimir Djelic.



Disputa sobre un cadáver

OCO antes de morir en 1943, Manuel García Morente, católico de Ética en la Universidad de Madrid, fué tocado por la gracia de Dios, según los creyentes; tuvo una crisis religiosa, según los psicólogos; le sobrevino una angustia existencialista de la muerte, de origen arteriosclerótico, según los psicólogos; quiero decir que este excelente expositor de la literatura filosófica, escéptico de toda la vida, se convirtió, casi in extremis, al catolicismo, con tanto fervor de neofito, que no se contentó con menos que ordenarse sacerdote.

La Iglesia católica, gran maestra en el arte de la propaganda, ha explotado en todo tiempo estas tristes conversiones de última hora —siempre tristes sea cual sea la causa física o el motivo psicológico— como el espejo ejemplar donde deben mirarse los reprobos recalcitrantes. En esta ocasión había además fuertes razones políticas para explotar la palinodia religiosa de Morente. El fanatismo franquista de algunos católicos españoles ha querido explicar por partido doble: como una repudiación de todo su pasado filosófico y político y como una adhesión a la tiranía clerico-militar que heredo a España. Del cadáver intelectual de Morente se ha querido hacer un banderín de enganche al servicio de la intolerancia católica, insondada o laica, y del despotismo vigente.

Eso es un ultraje a la memoria del brillante traductor y glosador de la filosofía alemana contemporánea. Fué tal vez un hombre de carácter débil, pero digno y noble; un político liberal fluctuante, como muchos liberales, pero no un adorador fémico de la fuerza bruta. Del hombre da una idea este dato poco conocido de su vida: Cuando Julián Besteiro fué destituido de su cátedra de Lógica en la Universidad de Madrid al ser condenado a cadena perpetua por la huelga de Agosto de 1917, Morente fué nombrado profesor interino de esa cátedra y como tal cobraba el sueldo correspondiente; pero no se lo guardaba; con exquisita caballerosidad se lo entregaba reservadamente todos los meses a la esposa de Besteiro. En las biografías amañadas de Morente que ahora circulan por España, no figurará seguramente esta muestra de humanidad y compañerismo universitario que tanto le honra.

Como político fue subsecretario de Instrucción Pública en el Gobierno del general Berenguer, el penúltimo del reinado de Alfonso XIII. Instaurada la República, la aceptó sin ninguna reserva y fué decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid de 1932 a 1936. Sus falseadores apologistas de hoy, desearios de borrar todas las huellas de su liberalismo e independencia, le presentan en aquel decanato como un hombre mediatizado, poco menos que compelido a ejercerlo por el terror de los Gobiernos republicanos. A todo esto contesta Julián Marías en un artículo publicado en «La Nación», de Buenos Aires, con el título de «Dios y el César. Unas palabras sobre Morente».

Julián Marías es un escritor católico, autor de numerosas obras de filosofía y crítica literaria, no obstante su relativa juventud: nació en 1914. Criado de los pechos intelectuales de Ortega y Gasset, aún sufre de cierto sarampión orteguista, el cual hay que esperar que se lo cure o mitigue el tiempo, o sea la vida personal e histórica, que está por encima de la abstracta razón vital de su maestro. Ha dado cursos y conferencias por América, pero habitualmente reside en España y desde allí ha publicado el artículo antes aludido, lo que da doble interés a lo que en él dice. Se dice de las exclusiones, supongo que profesionales, de que vuelven él y los que como él no conculgan con el totalitarismo ideológico del régimen dominante. Sea cual fuere la valoración que hagamos de su filosofía, fundada en la dogmática católica, hay que reconocer que sabe mucha, probablemente más que la inmensa mayoría del profesorado universitario español, sin excluir a su maestro, que nunca fué hombre de muy copiosa lectura, y es natural que le aflija la exclusión de la enseñanza oficial de que es objeto en España él que ha profesado en la Universidad de Harvard, de los Estados Unidos, entre otras varias de América. También él incurre en la misma injusticia de que se queja, al hacer exclusiones de otro orden con gentes del campo republicano que caen fuera de su órbita filosófica y política, sin duda por aquello de que es más fácil ver la paja en el ojo ajeno que la viga en el propio.

Con todo, su artículo arriba citado es, por lo que yo conozco,

De la España irredenta

En descenso

CUANDO el general Franco visitó la Feria del Campo celebrada últimamente en Madrid, recorrió las instalaciones y estuvo en las salas viendo el ganado. No llegaría a diecisiete años de edad, pero él, o no se da cuenta o no quiere darse cuenta. En la Feria del Campo ha sido un visitante más, sin que su presencia haya producido en nadie ningún estremecimiento. Esos gritos histéricos de «¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!» que las concentraciones juveniles aturden de vez en cuando, no tienen más que una significación superficial; no poseen valoración de monta alguna; son las voces de reglamento que también se dan en los cuarteles, sin que las gentes del campo, vestidas de soldados, piensen en su alcance y en lo que en ellas hay de responsabilidad.

Si podemos pensar que, al principio del Movimiento, los que habían sufrido en sus vidas y haciendas agravio de la República (y mejor diríamos, de la revolución que se operó en las clases populares a raíz de la sublevación franquista) y que formaban un núcleo minoritario de la nación, constituyeron una masa operante y entusiasta que se dividió en dos grupos: uno, de los que iban sedientos de venganza y otro, de los que buscaban situarse en el nuevo régimen con empleos y prebendas y con negocios de toda clase. Si esas clases que apoyan al general Franco se convencieron, hoy por hoy, de que otro régimen les garantizaría sus intereses, esos formidables intereses creados en la postguerra civil, es indudable que el Caudillo ya estaría en Irlanda o en la Argentina, viviendo a raíz de sus millones como el ex rey Faruk. La industria y el comercio español saben muy bien que la situación económica,

es una verdadera catástrofe y que se vive al día merced a créditos en los Bancos y a negocios oscuros. Pero no hay otra salida que la de agenciarse y agruparse al lado del general Franco y de formar el cuadro para defender esos intereses. La sustitución de Franco es una verdadera revolución, porque qué régimen puede venir que no haga una revisión de toda la política franquista en su aspecto político-económico para atajar el despilfarro y salvar a la economía nacional de una bancarrota espantosa y definitiva como la que ya se burla? España tiene riquezas naturales, pero para salir de ese desastre; pero para ello es necesario fundir esos intereses, en mal hora creados, con el especial cuidado de que no se produzca un colapso, por la raigambre que tienen en el cuerpo social. El Ejército ha de volver a su función específica y la Iglesia a su labor espiritual dentro de los tiempos. Y en cuanto al árbol frondoso del burocratismo, ha de sufrir una buena poda, dejando en lo que estrictamente pueda soportar el presupuesto nacional. A nadie puede escapar que el problema que ha creado el general Franco es grave entre las clientelas gobernantes. Pero no deja de ser gravísimo el que sufren las clases media y trabajadora, que luchan diariamente contra el hambre y la miseria. Porque aquí, en España, hay gentes que aparecen los millones o viven cómodamente sin ninguna restricción, y hay una población que, no tiene lo suficiente ni aun para comer. A la vez, cuando llegue el momento y termine el monólogo, habrá que hablarle claro, repartiéndole proporcionalmente los sacrificios que hayan de hacerse a fin de que el pobre coma, pero no lo que le sobre al rico. Y, ante todo, una revisión de fortunas será necesaria. Pero aunque esto sea repartirse la piel del oso antes de cazarlo, no es desentonado pensar en tales cosas.

El general Franco ha vivido y vive sobre el país. Y el país está agotado. Ya no puede más. Los franquistas se agarran, cada día, con mayor fuerza, a la dictadura. Sus pies están en el vacío. Tienen un pueblo sometido; no apto. Y la catástrofe para ellos puede producirse en cualquier momento: la gota del agua en el vaso lleno o la chispa en el polvorín.

Pedro CRESPO

Guadalajara, julio 1963.

Las dos Españas

Palabras de un creyente

Por Luis Araquistáin

o, el más notable que se ha publicado desde España a partir de 1939, en que los generales insurrectos y sus cómplices o auxiliares alemanes, italianos y bereberes conquistaron nuestro país, hasta la fecha; notable por el valor cívico de hacer justicia desde Madrid a algunas de las virtudes de la República —no todos fueron pecados— y retratar con mano viril y maestra los vicios de fanatismo e intransigencia cerriles que son la razón irracional del presente Estado español y de algunos de sus estructurarios tonsurados.

Como no nos duelen prendas y estamos siempre dispuestos a reconocer la alteza de un carácter, quisiéramos que lo personifique, porque lo que vale en última instancia no es la filosofía de la vida sino la filosofía en la vida, vamos a transcribir los dos párrafos más significativos del artículo de Julián Marías. El uno proclama noble y gallardamente la gran tolerancia de la República en materia de enseñanza y el otro describe magistralmente, como contraste, la intransigencia montañesa, como no la hubo en España en ningún siglo, ni en el de Felipe II, de muchos católicos españoles de nuestra trágica época. A las alegaciones de que Morente fué decano por fuerza, obligado por el supuesto terrorismo de las autoridades republicanas, Marías replica con el párrafo siguiente.

La tolerancia de la República

«SE ha hablado despectivamente de la Facultad de Filosofía y Letras que Morente rigió como decano de 1932 a 1936; se ha dicho que no era aquella sazón de estudio a fondo y pensamiento profundo; se ha dicho otras veces que era una Facultad política, mediatizadora, o en la cual los católicos estaban en situación de inferioridad. Puedo hablar de ello con conocimiento de causa, porque pasé en esa Facultad los años que van del 31 al 36 y fui alumno asiduo de Morente en todo el tiempo de su decanato. Pero todo lo que voy a decir es del dominio público y lo sabe cualquiera, incluso los que dicen otra cosa. En los años del decanato de Morente enseñaban, a la vez, Ortega, Zubiri, el propio Morente, Gaos, Menéndez Pidal, Gómez Moreno, Obermaier, Asín Palacios, Tormo, Américo Castro, Salinas, Montesinos, Sánchez Albornoz, Zaragüeta, Besteiro, Ibarra, Lapesa, Fernández Ramírez, Ferrandis, Millares, Lafuente Ferrari, Luzuriaga, García Hughes, Lafora, María de Mazcu, González de la Calle, Navarro Tomás, González Palencia... Entre los docentes, más de media docena eran sacerdotes; sus ideologías políticas eran incontables (salvo de extrema izquierda) y además no contaban. La asistencia a clase no era obligatoria. Había cursos en que la clase hubo de desdoblarse, porque los alumnos no cabían en el aula más grande; dos catedráticos —que yo recuerdo— tuvieron que cerrar el establecimiento por falta de oyentes; otros varios, pocos días consecutivos dirigieron en plural a sus alumnos; de esto modo se realizó automáticamente la «selección del profesorado», sin perseguir ni vejar a nadie, sin quitar a nadie su sustento; sin quitar tampoco a los estudiantes el derecho a recibir enseñanza universitaria digna. Ningún profesor ni estudiante —que yo sepa— ocultó nunca su catolicismo; la gran mayoría de la Facultad lo era; de ello no se derivaba ningún beneficio que no fuera espiritual; tampoco ningún perjuicio; recuerdo que en el primer examen de licenciatura en Filología española, con un tribunal de mayoría no católica, el único sobresaliente lo tuvo una monja del Sagrado Corazón; por supuesto, a nadie le extrañó. En el Crucero mediterráneo —del que según cuenta Sánchez Cantón, para algunos ha sido un mérito no participar— se decía misa diaria a bordo del «Ciudad de Cádiz», y mucho más de la mitad de su pasaje la oía todos los domingos. Y nos hospedábamos en los Franciscanos de Jerusalén, donde no se hacía sólo turismo y arte; y nadie miraba el calendario —julio de 1933—; ni pasaba ninguna factura. Digo todo esto y sólo esto —si hablase de la Universidad, no de Morente, tendría que decir muchas cosas más— para recordar que si las cosas no hubieran sido así, Morente no habría sido decano; y si se trata de entenderlo y explicar su figura, esta advertencia es inexcusable.»

La cosa, explicada por Julián Marías, testigo de mayor excepción que tanto que alumno católico de la Universidad de Madrid, no puede estar más clara: Morente no fué decano de la fuerza, y no hubiera podido ni querido serlo sino en un ambiente de tolerancia religiosa y política como el que se respiraba en la República. Entonces los profesores de Universidad y de todos los grados de la enseñanza podían ser y lo eran socialistas, liberales y conservadores republicanos o monárquicos y hasta sacerdotes católicos. ¿Qué son hoy? Los redactores y colaboradores de la revista «Ateneo», de Madrid, órgano de la organización católica Opus Dei, que dedicó un número de homenaje a Morente y al cual contesta Julián Marías, no deben tener la conciencia muy tranquila ni deben sentirse muy seguros en sus privilegiadas posiciones cuando tanto se esfuerzan en falsear la obra de la República, prueba evidente de que la opinión más desinteresada la está revisando y comparando con la de la dictadura actual. Mal signo es para un régimen que la gente que hasta ahora le servía o por lo menos le acababa empieza a revisar favorablemente el anterior. El Opus Dei, expresión militante de la teocracia reinante en España, se ha apoderado de la enseñanza oficial y poco a poco se va adueñando de toda la prensa; ya hasta el «ABC», que parecía gozar de una relativa independencia, parece haber caído en manos de esa tenebrosa milicia católica, que, aparte la fuerza que recibe del Estado, dispone de poderosos medios financieros para comprar periódicos. Pero ya empieza a haber también conciencias que no se dejan comprar en el interior: otro grave síntoma de desintegración del régimen. Un tribunal de mayoría no católica de la República discernía la nota más alta a una monja que al parecer se examinaba con sus togas, sin escándalo de nadie. ¿A quién se galardona hoy? No lo va a decir asimismo Julián Marías, sin pelos en la lengua, en estas otras líneas de su artículo.

Intransigencia fanática del catolicismo español

«TODO esto procede de un espíritu, frecuente en nuestro catolicismo español, bien ajeno al catolicismo como tal, y que se podría llamar «insaciabilidad». Hay demasiadas gentes en España que no se contentan con que alguien sea católico; no basta con que se crea en los artículos de la fe, se reciban los sacramentos y se cumpla en lo posible el decálogo; hace falta además opinar que el único catolicismo auténtico es el español;

hay que adoptar determinadas posiciones políticas, de las que no se sienten solidarios los católicos del resto del mundo; hay que ser tomista en filosofía; hay que creer que Balmes es un gran filósofo, que la solución de los problemas españoles está ya en los libros de Menéndez y Pelayo; tiene que preferirse la poesía de Gabriel y Galán a la de Jorge Guillén; hay que pensar que el arte español es necesariamente realista, que Amor Ruibal es más importante que Unamuno, que es mejor pintor Gonzalo Bilbao que Picasso, mejor novelista Navarro Villoslada que Baroja, que el Filósofo Rancio era mejor católico que Jovellanos, que un periódico debe parecerse más a «El Siglo Futuro» que a «El Sol»; hay que opinar que el cine español está lleno de «espiritualidad»; que si interesa Donoso Cortés no puede interesar Valera, que la única lógica posible es la aristotélica, que hay planes de bachillerato intangibles, que la moral cristiana es idéntica con los usos de la pequeña burguesía de las provincias españolas. Probad a discrepar en un punto, o más minúsculo, y veréis cómo esas gentes cierran contra vosotros. Decid simplemente que es lícito elegir entre el teatro de Pemán y el de Lorca, entre la prosa de Ricardo León y la de Azorín, entre «La vie intellectuelle» y «Razón y Fe», y experimentaréis inmediatas consecuencias. Intentad decir, sobre todo, que no siempre es forzoso elegir, que en España caben muchas cosas, que han sido españoles egregios Cervantes y Quevedo, Zurbáran y Murillo, Luis Vives y Fizarro, Menéndez y Pelayo y Giner de los Ríos, Galdós y Zorrilla, Castelar y Asín Palacios; que para entender a España tenemos que leer a Larra y a Galdós, a Forner y a Moratín, «España inventada» y «En torno al casticismo», «Defensa de la hispanidad» y «España en su historia», «En Flandes se ha puesto el sol» y «Campos de Castilla»; decid que España no tiene por qué ser un sistema de exclusiones, y veréis cómo se os excluye, cómo se os amenaza —sin omitir alusiones a las armas de fuego, sin dejar de recordar que las doctrinas son sustentadas por personas— desde una revista religiosa.»

Digamos de pasada que no entenderán mucho de España los que sólo lean los libros que cita Julián Marías; se ve que su eclecticismo es también más de campanario que ecuménico; en España, ciertamente, caben muchas cosas, pero muchas más de las que él menciona; aunque quizás haya que tener en cuenta, en su descargo, que muchos otros nombres y libros son tabú para los periódicos donde él escribe, hasta en ese de Buenos Aires, el único argentino que mantiene una relativa independencia frente a la demagogia incendiaria de Perón y donde incluso una cita personal puede ser un peligro de confesión o de un asalto del populacho gubernamental. Pero no importan las exclusiones, voluntarias u obligadas, que Julián Marías hace por su cuenta. Lo que interesa es lo que incluye, con ser tan trunco, y sobre todo interesa que haya por lo menos un hombre que, desde el interior, se atreva a publicar las verdades contenidas en su artículo, tanto sobre lo que fué la República en la esfera docente como sobre lo que es la teocracia pretoriana actual. No es seguramente el único que piensa así, aunque los demás callen, o hablen con voz que desde fuera no oímos, por humana prudencia; él habla por todos los que no pueden o no quieren hacerlo aún, y sus palabras son la expresión de una conciencia que se está forjando en España y que, por lo transcrito, empieza a tener voz pública.

Su actitud frente al catolicismo español oficial nos recuerda la de Lamennais en su libro «Palabras de un creyente» (1834), que encabezaba este artículo, no porque haya ninguna paridad entre la Francia bonachona y tolerante de Luis Felipe y la «insaciabilidad» de mandos y sed de sangre de la España eclesiástica y castrense de nuestros días, sino por ciertas afinidades y tendencias intelectuales que advertimos, sin conocerle personalmente, entre el escritor español y el francés del pasado siglo. Lamennais siguió el camino inverso de Morente: sacerdote católico, partidario en su fogosa juventud de una teocracia democrática, como él la calificaba, acabó separándose de la Iglesia y combatiéndola implacablemente hasta su muerte. La educación de Julián Marías es también inicialmente dogmática; pero tal vez su formación filosófica posterior y sobre todo las actuales circunstancias históricas de España, que tan visiblemente hieren su fino temperamento libre y sensible, tal como se revela en sus escritos, le conduzcan a un desenlace vital más semejante al de Lamennais que al de Morente y le obliguen a revisar la concepción de las «minorías selectas», más bien «autoselectas», y de «la rebelión de las masas» de su maestro Ortega y Gasset.

No hay como la dureza y el dolor de la vida para curarse de ciertas contrarrevolucionarias e ineficaces ilusiones aristocráticas, y para convencerse de que si las masas pecan de algo en la mayor parte del mundo es de su excesiva sumisión. Los eternos rebeldes no son las masas, sino las aristocracias históricas y sociales, los nobles de su supuesta sangre, los jefes del ejército y de la iglesia y del capital, como ocurrió en España en 1936. Ahora se queja Marías de lo que ocurre y de lo que le ocurre, y se defiende legítimamente de ello como puede. No sabemos lo que él hizo en 1936; pero si sabemos que las sedicentes «minorías selectas» no hicieron causa común con el pueblo español cuando se levantó, no en una rebelión irresponsable de masas envidiosas, sino contra los únicos rebeldes y en defensa del orden constitucional por ellos violado. Lamennais acabó siendo un partidario entusiasta del movimiento de 1848, que después de todo sólo aspiraba a un poco de libertad e igualdad democráticas, como el pueblo español entre 1931 y 1939 públicamente y ahora en secreto, porque a él no le está permitido decir lo que dice Julián Marías en la prensa, aunque sea extranjero. Ignoramos si es pedirle demasiado, aun tardíamente; pero si tenemos derecho a esperar de su talento, de su capacidad reactiva y de su alto valor cívico que no se limite a hacer del problema de España una cuestión pura y exclusivamente personal.

Con todas sus limitaciones temporales y subjetivas, sus palabras nos confortan de otras que leemos en un artículo de Alvaro d'Ors, «Reflexiones sobre la intransigencia», publicadas el 15 de Julio de 1953 en la misma revista «Ateneo», antes citada. Se trata de otro escritor también joven y católico, cuya rica y elocuente prosa castellana —a cada cual lo suyo— enviara seguramente su padre Eugenio d'Ors, pero cuyo pensamiento nos retrotrae a los buenos tiempos de nuestros inquisidores clásicos, como puede verse por las siguientes líneas finales del citado artículo:

«La actitud de la Iglesia, de la Iglesia militante, no puede ser otra que la de permanente hostilidad contra los enemigos

de Cristo; no será su guerra una guerra material, aunque en ocasiones también la guerra material sea necesaria en forma de Cruzada santa; no será normalmente una guerra con armas de destrucción, sino con armas de paz, como la guerra con armas, pero guerra al fin, puesto que en ella se trata de conquistar al enemigo, de aniquilar el error, de extirpar la herejía; y tal conquistase también conquista de amor, por cuanto tiende a salvar al enemigo y a integrarlo dentro del propio orden de redención. El cristiano es soldado de Cristo; el cristiano debe ser beligerante. Su guerra no puede terminar sino con el triunfo de la Fe. Toda paz, todo armisticio que interrumpa esta guerra supone una conciliación con el enemigo de Cristo, una traición punible ante la Justicia de Dios. No se puede estar en parte con Cristo y en parte con los enemigos de Cristo; toda conciliación, toda paz es, en este sentido, un pecado.»

Hacia siglos que en España no se publicaban tales apologías doctrinales de la guerra santa, que como guerra material puede ser «necesaria» en ocasiones (sin duda como en 1936), aunque «normalmente» no lo sea, como si la norma haya sido nunca la guerra permanente; para aniquilar el error y naturalmente a la persona que lo encarna, si ello fuera preciso; para salvar al «enemigo», al que no conculga con el catolicismo por la persuasión, si ello es posible, pero por la fuerza o las armas, si no hay otro remedio. ¿Es a raíz de lo que dice este elegante argumento, creo que profesor de una Universidad a su medida para explicar la historia de la cultura? ¿No es esto invitar a los no católicos a que hagan lo mismo que los católicos proclaman? ¿No es sostener la necesidad de la guerra civil perpetua? A menos que ellos esperen que ofrecer la otra mejilla a la mano que abofetea y dejarse crucificar mansamente sólo les está ya reservado a los no cristianos. Y tales doctrinas anticristianas y sanguinarias las escriben quienes se dicen cristianos, y no en plena batalla de la guerra material, de su guerra santa, que entonces se explicaría, aunque nunca se justificara, sino a los catorce años de concluida nuestra guerra, lo que quiere decir que su conclusión es aparente, que la guerra civil continúa, bajo capa de la religión, pero en realidad por puro odio homicida.

Los que pensamos en una posible conciliación con esa España de soldados de Cristo, de cristianos perpetuamente beligerantes, que no quieren dar por terminada su guerra sino con el triunfo absoluto de su fe sobre todos los demás españoles no católicos, no estamos hablando de mares de sangre no es que estas excitaciones a la intransigencia, al homicidio permanente si la predicación no basta, las escriba un mozo atolondrado y tal vez irresponsable, sino que sus jefes jerárquicos, los prelados y en general el clero de su Iglesia no desautoricen y condenen públicamente esta doctrina anticristiana e infrahumana. La paz civil que vemos en países predominantemente católicos como Francia, Italia y Bélgica, y en países predominantemente protestantes como Inglaterra, Estados Unidos, Alemania, los escandinavos, no existirá ni se consolidará nunca en España? ¿Será nuestro país una excepción en el mundo occidental?

Si, como creemos, España no es una excepción absoluta, irreductible a toda paz civil, si sólo es una excepción relativa, histórica, que al cabo de un ciclo de guerras civiles conquistará a la postre también su paz civil permanente, como la han conquistado los países mencionados, que también tuvieron sus ciclos de guerras intestinas, sin necesidad de que un bando exterminara totalmente al otro, ¿no es insensato y criminal seguir ahogando por la perpetuación de la guerra, en vez de buscar por la razón y el espíritu de concordia una paz que en definitiva, se quiera o no, será inevitable, pero sólo a costa, si el criterio de los belicistas prevaleciera, de mares de sangre hermana y de ruinas y miseria incontables?

¿Son mayoría los españoles católicos como Alvaro d'Ors que quieren que España sea una excepción absoluta en el mundo? Será necesario saberlo o calcularlo, porque de ello dependerá en última instancia la política de los demás. Y si son una minoría, como pensamos, ¿qué se puede y se debe hacer con ellos, para que dejen de ser un peligro para la paz cuando llegue la hora, que llegará, de ajustar las cuentas? Habrá que ir meditando si se puede y se debe ser tolerantes, como lo fué la República y lo confirma ahora un hombre nada sospechoso como Julián Marías, con la intolerancia belicosa.

Visión americana de Europa

MASTER Lewis Gough, comandante nacional de la American Legion, en 23 días de viaje por Europa, ha descubierto la mejor manera de acabar con el paro forzoso. El genial comandante, «manu militar», convertiría los obreros parados en soldados del ejército de la Comunidad Europea de Defensa. Pero ¿qué hacer con tanto soldado? Quizás lo tenga resuelto mister Lewis en su mente, aunque no lo haya dicho. Pensará que lo mejor será encender la guerra. Así se asegurará el empleo no sólo de los parados, sino de los que trabajan en las fábricas de guerra. Las destrucciones inherentes a los bombardeos y a los fuegos de artificio de la artillería abrirían amplias perspectivas de trabajo para los obreros de la construcción. La idea es impecable... No cabe duda de que mister Lewis Gough es un hombre de genio.

Mas los descubrimientos de este ilustre «cowboy» no terminan ahí. Ha descubierto también que es muy recomendable la inclusión de la Alemania Occidental y la España, de Franco en el Pacto del Atlántico. Los alemanes del Oeste pueden que encuentren razones para defender su libertad —ya que no su independencia, de la que carecen —sumando sus esfuerzos en la defensa común de las libertades que disfrutaron los europeos de Occidente. En buena lid, olvidando el rencor y el afán de desquite, que deberían ser olvidados, una Alemania democrática como la actual podría ingresar en la Comunidad Europea de Defensa o en el Pacto del Atlántico si los veneros alemanes de la lealtad no se han agotado. Pero el genial mister Lewis Gough peca de boecio proponiendo igual recomendación a favor de la España francofalangista. Los españoles no tienen vocación de soldados mercenarios ni pueden comprender la necesidad de defender la libertad ajena cuando ellos carecen de ese don tan difícil hoy de conseguir. La libertad para los españoles es algo así como una idea metafísica, distante, algo así como una ilusión sin fundamento. No comprenderían nunca la necesidad de provocar una guerra para defenderla. Desde luego, estamos seguros de que no tienen el menor deseo de defender la libertad de los norteamericanos que quieren colocar las avanzadillas de la defensa en las viejas y molidas tierras de Europa. Si el genial comandante Lewis Gough propusiera una alianza agresiva para acabar con la torpeza de la Administración norteamericana, en-

tonces los españoles formarían legión y resucitarían las muertas glorias de los antiguos tercios. Creámos, mister Lewis Gough, en 23 días no se puede ni conocer ni comprender esta vieja y complicada Europa. JOBACA

Imágenes de Norteamérica

El diario oficial comunista checo «Rude Pravo» ha publicado recientemente un artículo que describe la presente situación sindical en los Estados Unidos. Es un ejemplo característico de la deliberada desfiguración de los hechos propia de la propaganda soviética.

El articulista, M. Drozi, presenta a George Meany y a Walter Reuther, presidentes de la A.F.L. y del C.I.O., respectivamente, como «estridentes a la clase obrera», que han dado a sus organizaciones una orientación conservadora y anti-revolucionaria. Este juicio podría pasar teniendo en cuenta que la terminología corriente de los comunistas siempre califica así a los dirigentes sindicales que han ganado la confianza de los hombres de día y que combaten con energía las maniobras de división pecuniaria de los comunistas. Pero ¿qué decir del estado mental de un hombre capaz de escribir lo siguiente: Meany y Reuther «son partidarios de las discriminaciones raciales entre obreros blancos y antirracistas»? Semblantes acciones han de pensar a todo sindicalista activo de los Estados Unidos o que sus organizaciones disponen de su autor ha perdido el juicio. Desgraciadamente, no hay que olvidar que los ciudadanos de los países de Occidente pueden pasar a través de las estaciones perturbadoras instaladas por las autoridades soviéticas.

El punto culminante de este amasijo de supercherías y de tergiversaciones está, sin embargo, en la increíble conclusión del artículo: «La política practicada por estos sindicalistas de derecha, que simples lacayos de los multimillonarios, está lejos de coincidir con los sentimientos del pueblo, los cuales han tenido ocasión de manifestarse en el curso de los 5.117 huelgas declaradas en 1952, en contraste con las 3.910 de 1951 y las 3.606 de 1949». (1) Esperemos que los comunistas dispongan de muchos medios para rectificar estas escandalosas falsedades, salvo cuando las emisiones radiofónicas de Occidente pueden pasar a través de las estaciones perturbadoras instaladas por las autoridades soviéticas.

(1) Estas cifras son inexactas. Las estadísticas del Departamento del Trabajo de los Estados Unidos registraron en 1952 y en 1951, 4.750 y 4.650 huelgas, respectivamente.

Meditaciones sobre el problema político español

Por Ildefonso Torregrasa

- I -

La patria y el patriotismo

MUCHAS veces se nos ha titulado, a los socialistas, de poco apego a las cosas de la patria. La Falange, también, se ha creído en el deber de meter baza, recientemente, en el asunto. Y, así, en uno de los raros momentos en que, acaso por no tener a mano a ningún Tomás Centeno sobre quien emplear su futuro homicida, le es cómodo presentar, de su doble cara de Jano, la faz que mira a lo porvenir, la Falange nos invitaba a desprendernos de eso que el jerarca Giménez Caballero denomina, en el periódico «Arriba», figura desueta del socialismo español. Querriamos vernos menos internacionalistas —de un internacionalismo que, según suponen, va en detrimento de lo nacional— y más amantes de aquello que alguien, en nuestras filas, ha llamado «la musa de lo español».

Hay una familia de vocablos —lo confieso— que, deliberadamente, yo no utilizo jamás: patria, patriota, patriótico, patriotismo... Gentes sin escrúpulos se han servido y vienen sirviéndose de dichas palabras como bandera para

cubrir tanto género de mercaderías, que, a la postre, vaciándolas de todo generoso contenido espiritual, las han convertido en equívocas. Por poder emplear nosotros tales expresiones, habría que empezar por definirnos, restituyéndonos el alma de que las despojó un comercio egoísta y, a veces, infame. E incluso dotarlas de esos valores profundamente humanos que sólo el Marxismo es capaz de aportar.

Paradójico parecería invocar al Marxismo en esta ocasión, cuando es sabido que el

propio Carlos Marx afirmara, en el «Manifiesto Comunista», que «los obreros no tienen patria».

«Que el proletariado no tiene patria, y en qué sentido hay que interpretar esta declaración marxista? Esto es lo que vamos a explicar, parándonos un poco en el pórtico de nuestra meditación sobre España. Vale la pena de que lo hagamos. No será tiempo perdido, pues que, con esta reflexión inicial, vamos a adentrarnos en el cora-

ción, cuando es sabido que el

(Termina en la tercera pag.)